

¡Oh, Europa!

ENRIQUE ANDERSON IMBERT



A QUE VAN a traducirme estas páginas al español trataré de escribirlas en un inglés fácil, lo cual me es difícil, pues mi estilo natural es artificioso. Tanto, que mis colegas, acá en la Universidad, tildan mi prosa de barroca. Peor que barroca: que es "euphuística" dicen aludiendo al estilo de *Euphues*, la novela que John Lyly empezó a publicar en 1578. En mala hora le dediqué un seminario y un largo estudio. Desde entonces, para embromarme, los colegas me llaman "el John Lyly del siglo XX", y al Lyly del *Euphues* lo llaman "el John Lyly del siglo XVI", con el sobreentendido irónico de que mi estilo "euphuístico" nos equipara. La broma consiste en que da la casualidad que mi nombre es John Lyly. Otra casualidad: los dos Lyly somos de Oxford.

Bromas aparte. Admito que mi prosa es barroca, sólo que esta vez, en vista de que me van a traducir, y a fin de ahorrarle trabajo al pobre traductor, empobreceré el vocabulario y la sintaxis. Por supuesto, uno no puede con su propio genio. Presiento que aun con la mejor voluntad de sencillez no lograré ser sencillo pues lo que en este momento me mueve a escribir es mi barroquismo mental, que encuentra fascinantes las formas del azar manifestándose en casualidades. En el presente caso, en casualidades a propósito de traducciones dentro de traducciones.

Calles el exordio y destátese el relato.

Hace un par de meses recibí de Tucumán, aquí en Oxford, la traducción al español de un fragmento de *Euphues*. Firmaba el manuscrito un Martín Sánchez, para mí, desconocido. Lo que tradujo fue la "guía para amantes" que el joven Euphues envía a su amigo Philautus. Los profesores sabemos que esa guía reelaboraba la carta de "Marco Emperador a las enamoradas romanas" del *Reloj de Principes* de Antonio de Guevara. Yo, Lyly II del siglo XX, he leído el *Reloj de Principes*, pero Lyly I del siglo XVI nunca leyó a Guevara en español: leyó una traducción que el inglés North hizo de la traducción que el francés Berthault había hecho del libro donde el español Guevara reelaboró una carta del emperador Marco Aurelio.

Perdón por estas minucias eruditas, pero ya se verá que no son pedanterías de profesor sino requisitos del relato.

El tucumano Martín Sánchez parecía ignorar a Guevara pues no aprovechaba ninguna de sus palabras originales. Guevara, refiriéndose a la mala lengua de las mujeres, había dicho "ponzoña de víboras". Lyly dijo: "infection of the serpent". El traductor tucumano dice: "infección de serpiente".

De haber conocido a Guevara seguro habría traducido "ponzoña de víbora", para devolver a España lo que de España se tomó. "Ponzoña de víbora" suena mejor que "infección de serpiente". Decepcionado por esta falta de erudición metí el manuscrito de Martín Sánchez en una gaveta y me olvidé de él. Hasta ayer.

Ayer recibí carta de Daniel Alberto Desein. Me reclama el cuento que le prometí para el suplemento literario que dirige en *La Gaceta* de Tucumán, y añade un recorte de su diario. No bien lo miré saltaron a mis ojos letras que se destacaban con diferentes cuerpos y tipos de imprenta. El título, en grandes mayúsculas: "Filosofía de la traducción". Una línea suelta, compuesta en bastardilla, me dedicaba el artículo: "a John Lyly, amigo desde su inolvidable visita a Tucumán". Un acápite, enlutado con una sangría en negrita, informaba que el autor acababa de morir. En letras espaciadas se desplegaba su nombre: Martín Sánchez. Entonces lo recordé.

Recuerdo la primera impresión que me produjo en esa semana que pasé en Tucumán. Después de mi conferencia sobre "La novela en la época de la Reina Isabel" se me acercó un viejo. Tenía el aspecto menos inglés del mundo —en todo caso, el de súbdito asiático en alguna de las colonias del vasto imperio inglés— y sin embargo me felicitó con un inglés más correcto que el de muchos ingleses.

—¿Inglés? —dije sonriéndole como signo de connacionalidad mientras le estrechaba la mano.

—Desgraciadamente no. Soy argentino —me contestó con tristeza.

—¡Pero su inglés...!

—Ay, lo tengo muy descuidado. Dispongo de tan pocas oportunidades para practicarlo...

Otras personas también querían hablar conmigo, así que Martín Sánchez, discretamente, humildemente, se despidió:

—Sé que usted estará muy ocupado pero ¿no le quedaría un huequito de tiempo para cenar con este viejo que se desvive por oírlo hablar de literatura inglesa?

—Con mucho gusto.

—Muy amable, muy amable. Será un honor —Martín Sánchez escribió su nombre y dirección en un papelito que se sacó del bolsillo y al entregármelo dijo: —¿Le vendría bien mañana, a las ocho u ocho y media? Si tiene algún periódico viejo, o revista... en fin, cualquier cosa impresa que se haya traído de Inglaterra y ya no le sirva... no la tire, por favor, llévemela a casa. Ah, y por descontento, si no puede ir

porque se le presenta un compromiso más importante, yo comprendería, no se aflija, por amor de Dios no se aflija, yo comprendería.

El barrio era pobre. La casa, modesta. Al primer golpe del llamador se abrió la puerta. Menos mal que llegué temprano: el muy impaciente debía de haber estado allí con la mano en el picaporte, esperándome. Cuando me hizo pasar al escritorio tuve una sensación rara. En el primer instante creí que sería de *déjà vu*, como si reconociera una habitación que nunca había conocido, pero enseguida corregí ese falso reconocimiento y pude explicarme la rareza de mi sensación, y era que, efectivamente, yo conocía lo que estaba viendo: entre dos estantes de libros uno con la *Encyclopaedia Britannica*, el otro con la *Oxford History of English Literature*, colgaba de la pared un gran mapa de Inglaterra, y debajo, desde una ménsula, me miraba, como diciéndome "¡Hola, compatriota! ¿tú también por acá?", un busto de Shakespeare.

Le entregué las revistas que me había pedido y se puso a revisar *Punch* con la alegría de un niño.

—Excúseme —reclamó al reparar en que yo seguía de pie, con la galera y el paraguas en la mano—. Por favor, siéntese. ¡Qué desatento soy! ¿Un whiskycito? Ya ve, vivo solo, así que esta noche usted apreciará mi arte culinario.

No hubo mucho que apreciar. Yo me había hecho la ilusión de comerme uno de los famosos bifés argentinos pero el artista culinario me dio una tajada de cordero con puré. Eso sí, el vino fue exquisito.

Comíamos en el mismo cuarto donde me recibí, en unas mesitas individuales. Mi anfitrión levantó la copa, echó una mirada al mapa y suspiró:

—¡Ah, Inglaterra! Una isla ¿y qué hizo con tanta agua? fundó un imperio. Usted ¿en qué parte nació?

—En Oxford.

—¡Oxford! ¡Qué notable! Como su tocayo, el Lyly del *Euphues*.

Me reí, sorprendido (*¿Euphues*, olvidado en Inglaterra, recordado en Tucumán?)

El, serio, proseguía:

—¿Y estudió allí mismo, en Oxford?

—Comencé en Magdalen College.

—Hummm. Siglo XV. Jovencito. El Colegio, digo, jovencito para una ciudad del siglo X. ¡Qué privilegio, estudiar allí! Allí fue donde Oscar Wilde aprendió eso del Arte por el Arte. Lo aprendió de John Ruskin, de Walter Pater... ¡Un momentito! —se levantó con tanta brusquedad que hizo temblar la mesita, sacó un libro de una estantería, lo abrió, buscó algo, lo encontró y con una ancha sonrisa me dijo:

—¿Recuerdas? Un poema de Oscar Wilde a los paseos por los jardines de su Magdalen College, a orillas del río —y recitó "Magdalen Walks".

—Me pregunto —murmuré— cómo resultaría en español eso de... "And the crocus-bed is a quivering moon of fire/girdled round with the belt of an amethyst ring".

—No hay por qué traducirlo —dijo Sánchez con excesiva firmeza—. Las traducciones no satisfacen a nadie. Cada lengua es una mirilla para asomarse al mundo, una perspectiva sobre la realidad, y las perspectivas de lenguas superiores no se dejan de traducir a perspectivas de lenguas inferiores.

—¿Lenguas superiores? No creo que las haya —le obje-

té—. Todos los hombres del planeta tenemos el mismo cerebro, así que lo que el inglés Fulano percibe y dice en su lengua el español Mengano puede volverlo a percibir y decir en la suya.

—No creo que todos los hombres venamos de la misma madre Eva y mucho menos que la humanidad entera sea un organismo único, genéticamente uniforme.

—Señor Sánchez; todo lo que dije, a propósito de la traducción de lenguas, fue que la especie humana piensa con el mismo cerebro...

—Perdón. Aunque los cerebros sean iguales, cosa que dudo, las culturas son desiguales. La cultura europea, sin duda, es superior a la de esta región del planeta.

—Su lengua española, querido amigo Sánchez, es también la lengua de un imperio europeo, con una gran literatura...

—No tan grande como la inglesa, doctor Lyly. Ojalá que las invasiones inglesas de 1806 y 1807 hubieran triunfado. Hoy estaríamos como en los Estados Unidos. Con España al margen de Europa y los argentinos en la frontera de España, imagínese, ¿qué somos? Los argentinos somos los arrabaleros de Europa, eso es lo que somos. El argentino culto, cuando alude a un hecho de la cultura europea, tiene que explicarlo para que la gente lo entienda. ¡Qué diferencia con ustedes, los europeos! Un inglés dice "Falstaff" y cualquier compatriota sabe que es un personaje de Shakespeare. Un argentino dice aquí "Segismundo" y para que la gente no crea que es un gaucho hay que aclarar que se trata del protagonista de *La vida es sueño*, drama de Calderón de la Barca, un autor del Siglo de Oro, o sea del siglo XVII... y con tantas explicaciones el estilo se le arruina a uno. Y si el escritor argentino aparta la vista de Europa y mira tierra adentro ¿qué ve? más naturaleza que historia.

—No me desanime —le dije—. Yo vine en parte para conocer lo original de esta tierra americana, la sociedad nueva que se formó con el mestizaje. Quiero conocer el folklore, las tradiciones indígenas...

—¡No, no, no! —y me miró con una expresión donde se mezclaba el ruego, el desencanto y el horror—. No nos traicione, no se pase al bando de los enemigos. Usted es un europeo. Es nuestro modelo. Si la civilización europea se retira nos traga la barbarie americana.

Comprendí que era hora de retirarme.

—Gracias por su hospitalidad —le dije—, y cuando vaya a Inglaterra no deje de visitarme.

—Ah, viajar, viajar, viajar. Es la única esperanza que nos queda. Los libros no nos bastan para ser buenos europeos.

Mientras me entregaba la galera y el paraguas agregé:

—Gracias, doctor Lyly, por consentirme a este viejo que se diera el gusto de charlar sobre su tema favorito. Y ahora, si me permite, le pediré un favor. Cuando vuelva ¿podría mandarme una foto de la Torre de la Capilla del Magdalen College, con su camarero? Me dicen que lo restauraron. Quisiera ver cómo ha quedado. Es de 1492. ¡Qué me dice! El mismísimo año en que Colón tropezó con este continente. ¡Cómo lo envidio, mi amigo! Usted vuelve a Oxford. ¡Oxford! Entre Londres y Stratford-on-Avon. Los turistas llegan a Londres, a Oxford, a Stratford-on-Avon pero la gracia no está en llegar allí, sino en partir de allí. Quiero decir, en vivir en Inglaterra y hacer turismo desde allí. Turistas hacia fuera. Para acá, por ejemplo, como usted.

—Bueno —le dije un poco molesto por el tono despectivo con que pronunciaba la palabra "turista"—. No soy más turista que usted, cuando va a Inglaterra.

—¿Yo? Yo nunca he ido a Inglaterra, nunca he salido de este rincón.

—¿Cómo! ¿Y lo que me dijo? Creí que... Pero usted cono-

ce Inglaterra... Mejor que muchos ingleses... No comprendo...

Martin Sánchez torció la cabeza hacia la pared y con el brazo señaló los estantes de su biblioteca. Fue el gesto con que el sediento cree señalar un oasis en el espejismo del desierto. ✱

